

cuenta el crecimiento de nuestra demanda interior, dentro de cinco años ya no podremos satisfacer nuestras propias necesidades». Para responder a este reto, Pekín se lanza a su vez a una caza de metales raros en Canadá, Australia, Kirguistán, Perú e incluso Vietnam.³⁷

Africa, sobre todo, es objeto de todas las codicias, en especial Sudáfrica, Burundi, Madagascar y Angola. Siguiendo con su diplomacia respecto de China, el expresidente angoleño, José Eduardo dos Santos, ha convertido las tierras raras en una prioridad de su desarrollo minero, con el fin de satisfacer las necesidades de Pekín.³⁸ China ha emprendido asimismo la construcción de una línea férrea en la República Democrática del Congo, con objeto de acabar con el aislamiento de la región meridional de Katanga.³⁹

Lógicamente, esta multiplicación de las minas debería abolir el monopolio adquirido por China sobre las tierras raras. ¿Está dispuesta Pekín a tamaño sacrificio? Sí y no. El Partido Comunista chino pretende nadar y guardar la ropa. Quiere compartir la carga de las minas, pero conservando su hegemonía sobre el mercado de los minerales estratégicos. Y para ello ha preparado un ingenioso plan.

Desde Londres hasta Toronto, de Singapur a Johannesburgo, no se celebra un solo simposio sobre los metales raros sin que una pregunta lacerante acapare los debates: «¿A qué juega China?». Tras haber flirteado con los valores más altos a raíz del embargo de 2010, las cotizaciones de las tierras raras se derrumbaron.⁴⁰ Y ello sin motivo aparente, dado que la tensión entre la oferta y la demanda sigue siendo fuerte. En opinión de numerosos observadores, Pekín estaría manipulando las cotizaciones a la baja. «Los chinos hacen lo que les da la gana con el mercado de las tierras raras»,⁴¹ se lamenta el analista británico Christopher Ecclestone. Pueden decidir acumular o, por el contrario, reventar los precios reabriendo el grifo. Para

las industrias mineras no chinas, concebir modelos económicos viables a largo plazo con este actor principal que organiza la inestabilidad supone un quebradero de cabeza. ¿Cómo escapar de la bancarrota cuando el precio del mineral es entre cinco y diez veces más bajo que las previsiones iniciales?

De ahí que la gran mayoría de los proyectos alternativos nacidos a raíz del embargo se hayan debilitado. La mina californiana de Molycorp, que temporalmente había reanudado sus actividades, quebró. La de Lynas, en Australia, funcionó durante mucho tiempo a cámara lenta. Japón la mantiene a flote, decidido a no seguir comiendo de la mano de su enemigo jurado. En Canadá, batallones enteros de compañías mineras han echado el cierre. Las licencias de explotación, antaño negociadas a precio de oro, no valen más que unos pocos cientos de dólares.

«La estrategia china no consiste en acabar con todos estos proyectos, sino en lograr que se estanquen —precisa Chris Ecclestone—. Pekín se mantiene a la espera, para luego apoderarse de todos esos yacimientos por una miseria.»⁴² Mientras que China se plantea las cosas a largo plazo, los occidentales se hallan de nuevo atrapados por su lógica cortoplacista. El cebo de las ganancias, catalizador de una renovación minera, tal vez no podría resistirse a las artimañas chinas. Por mucho que las tierras raras constituyan una de las claves de la resiliencia del capitalismo, su explotación requeriría desafiar la lógica de este. No obstante, ¿seremos capaces de aprender de nuestros errores?

Cuando China no socava los cimientos capitalistas de las minas alternativas, interviene diplomáticamente para torpedearlas. Es el caso de Kirguistán: el presidente de la compañía minera canadiense Stans Energy acusa a los chinos de haber presionado al Parlamento del país con el fin de que le retirase, sin justificación válida, su permiso de explotación.⁴³ Cuando no puede poner trabas a las operaciones, Pekín despliega una

estrategia de adquisición de empresas mineras de la competencia. El grupo Chinalco ya había expresado su interés por la adquisición de la mina californiana de Mountain Pass; en 2017, fue el consorcio MP Mine Operations LLC el que llevó a cabo la compra. Ahora bien, este cuenta entre sus inversores a Shenghe Resources Shareholding Co. Ltd., un grupo minero chino.⁴⁴ China se invita asimismo al capital de otras sociedades competidoras: en Groenlandia, el mismo grupo Shenghe Resources adquirió una participación significativa en la explotación del yacimiento de Kvanefjeld, rico en uranio y tierras raras. He ahí un excelente medio para practicar la inteligencia económica y sabotear, en caso necesario, la irrupción de un rival serio.

Mediante esta estrategia de expansión minera, el Imperio del Medio persigue un objetivo ambicioso: abandonar los monopolios mineros edificados únicamente sobre sus recursos nacionales de minerales en beneficio de una nueva posición dominante, esta vez basada en el control planetario de la producción de un montón de metales raros. Es un poco como si Arabia Saudí, que ya posee las mayores reservas confirmadas de petróleo del mundo, se hiciera con el control de todas las reservas de oro negro existentes en los catorce países miembros de la OPEP...

La hegemonía china sobre los metales raros podría seguir aumentando, a medida que la proporción de las energías renovables aumente en nuestros mix energéticos.

A menos que el resto del mundo se ponga de una vez las pilas en la batalla de las minas.

EL FIN DE LOS ÚLTIMOS SANTUARIOS

¿Hay que reconvertir Francia en una potencia minera? La pregunta resulta escandalosa, indignante, abyecta para buena parte de la opinión pública. El actual presidente de la República, Emmanuel Macron, está por la labor; los ecologistas están en contra.

Este debate lleva años alimentando las conversaciones en el Ministerio de Economía y Finanzas francés. Fue en uno de sus despachos de vidrio desde los que se domina el Sena donde Arnaud Montebourg, ministro de la Recuperación Productiva en el primer Gobierno de François Hollande, expresó su deseo de reabrir las minas de Francia. Durante una visita a las canteras de yeso de Montmorency, en 2014, Montebourg añadió: «La renovación minera en Francia está en marcha. [...] Deseamos asegurar a nuestro país un abastecimiento de materias primas que garantice su independencia, el control de los precios y las cantidades, así como su soberanía».¹

FRANCIA, UN GIGANTE MINERO DORMIDO

El anuncio de Montebourg resultaba coherente con la política de reindustrialización prometida por el candidato Hollande

durante la campaña presidencial de 2012. Además, es realista, porque Francia es un gigante minero dormido. La actividad extractiva en Francia siguió siendo importante hasta principios de la década de 1980. Ya la primera revolución industrial, en el siglo XIX, había impulsado la producción de minerales tan diversos como el wolframio (o tungsteno), el manganeso, el cinc y el antimonio. La entrada en vigor de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) en 1952 había abierto asimismo una era de prosperidad en la industria francesa del hierro. Desde el alto valle de Maurienne hasta los relieves de Lorena, de los repliegues de la Montaña Negra, en Tarn, a los macizos de Monthoumet, en Aude, Francia podía contar con una industria minera dinámica que generaba cientos de miles de empleos directos e indirectos. Hasta figuraba entre los principales productores mundiales de antimonio, wolframio y germanio.

Con el fin de pasar de las palabras a los hechos, Montebourg prometió la creación de una Compañía Nacional de las Minas de Francia (CMF). Dotada de un presupuesto que podría alcanzar los 400 millones de euros, invertiría en empresas mineras, prospectaría alianzas en África y entregaría permisos de exploración en la Francia metropolitana. De ese modo, añadió, el país se podría «comprometer de nuevo [...] en la batalla mundial por los recursos naturales».

Un areópago de expertos analizó el proyecto de CMF. Se formularon montones de preguntas: ¿cuáles serían sus atribuciones?, ¿dónde iría a buscar el Gobierno las financiaciones?, ¿qué proyectos serían prioritarios? Por lo demás, había que actualizar el anterior inventario minero del subsuelo francés... Muchos geólogos no ocultaban su escepticismo.

Los problemas económicos con que se toparon los grupos mineros franceses Eramet y Areva convencieron al sucesor de Montebourg al frente de la cartera de Economía, Emmanuel

Mimeris
sostenible

Macron, de enterrar el proyecto. «Eramet y Areva están pasando por dificultades con la caída de la cotización de las materias primas. No sería juicioso crear un tercer grupo totalmente público. Preferimos focalizarnos en las reestructuraciones en curso»,² explicaron desde el Ministerio. Mas no por eso Macron perdió el interés por las minas, sino que, por el contrario, puso en marcha la iniciativa «Mina Responsable»³ —una reflexión que tenía por objeto reducir el impacto ecológico de todo futuro proyecto de extracción minera—⁴ y concedió once permisos de investigación en la Francia metropolitana y la Guayana Francesa. En 2017, el Grupo Socialista, Ecológico y Republicano presentó en el Parlamento una reforma del código minero destinada a hacer compatibles actividades extractivas y desarrollo sostenible en Francia.⁵

Con la llegada al Eliseo del presidente más «prominas» que el país haya conocido desde hace mucho tiempo, vuelve a plantearse la cuestión de reabrir las minas en la Francia metropolitana, lo cual cambia de manera fundamental la naturaleza del debate. Hasta entonces resultaba fácil echar las culpas a Pekín, acusándola de manipular los mercados de las materias primas y de ignorar las reglas del comercio internacional. En lo sucesivo, el relanzamiento de la actividad extractiva francesa coloca al país y a sus habitantes frente a sus propias responsabilidades. Por lo demás, se ha suscitado una violenta polémica. En torno a los anuncios gubernamentales ha cristalizado una oposición muy fuerte. Desde Limousin hasta Bretaña, pasando por Creuse, asociaciones de ciudadanos y colectivos de vecinos han elevado intensas protestas al grito de «¡Ni aquí, ni fuera!».⁶ La bronca ha sido orquestada por numerosas organizaciones medioambientales, en especial Les Amis de la Terre. Muy activa en cuestiones mineras, esta asociación ecologista se siente preocupada por la «renovación silenciosa» de las minas. Considerando «ilusoria» la promesa del Gobierno fran-

cés de explotar estos yacimientos de manera sostenible, ha denunciado las «falsas verdades» del relanzamiento minero.

Vacunados por los numerosos desastres ocasionados en Francia por las actividades extractivas,⁸ los franceses han endurecido su postura de manera singular, y no sin motivos. Su lógica de oposición ha pasado de NIMBY a BANANA: *Build Absolutely Nothing Anywhere Near Anything* [no construir absolutamente nada en ninguna parte cerca de lo que sea].⁹ No obstante, las oenegés ecologistas dan prueba de cierta incoherencia al denunciar los efectos del nuevo mundo más sostenible que tanto anhelaban. Se niegan a admitir que la transición energética y digital constituye asimismo una basculación de los campos petrolíferos a los yacimientos de metales raros, y que la lucha contra el calentamiento global exige una respuesta minera que sin duda es preciso asumir.¹⁰

Molt
lmy

De hecho, aparece escrito con toda claridad en los documentos oficiales surgidos del Ministerio de Economía y Finanzas galo: la reapertura de las minas francesas «se inscribe en el marco de la estrategia nacional de transición ecológica hacia un desarrollo sostenible».¹¹ El debate sobre las minas nos invita a tomar conciencia de lo que los chinos comprendieron hace ya lustros: nuestro modelo de desarrollo contiene inextricables contradicciones. Entre los sueños de un mundo más verde y la materialidad de un mundo más tecnológico, la elección no resulta fácil.

Sin embargo, todos los ingredientes de la rebelión antiminera se hallan presentes y podrían retrasar esta renovación minera. En el Ministerio de Ecología francés ya consideran que no habrá producción minera significativa en el país antes de diez años como mínimo. ¡Qué decir entonces de todo el sector de los metales raros! En Estados Unidos, el equivalente del Tribunal de Cuentas ha calculado que harían falta quince años, como mínimo, para reconstituirlo.¹² A la espera de